

Conclusión del 6° Intercapítulo

La presencia del Señor experimentada en nuestra asamblea es motivo de alabanza, de agradecimiento y de bendiciones. Sí, podemos afirmar con alegría que el Buen Pastor ha cuidado de nosotras y de nuestra Congregación con indecible delicadeza y compasión, no por nuestro mérito sino por su iniciativa gratuita de amor, por las oraciones elevadas a Él de diversas partes del mundo, para que no nos faltara la asistencia de su Espíritu, por el buen desarrollo del evento Intercapítular. La Trinidad Santa recompense con abundantes bendiciones a cuantos nos han acompañado. Nos diría el Fundador: *“Si nosotros comprendiéramos las grandes gracias que el Señor nos ha concedido, lo amaríamos tanto y cantaríamos a menudo el Magnificat para agradecer al Señor, al Padre misericordioso, al Hijo Buen Pastor, al Espíritu Santo Amor, agradeceríamos y alabaríamos la Santa Trinidad”*¹.

El escenario global que hemos delineado en estos días de trabajo nos pide, ante todo, contrarrestar la pérdida de significado de nuestra opción de vida. Desde hace años intentamos contrastar este fenómeno en nuestro interior, pero no alcanzaremos resultados aceptables si no vigilamos sobre la continua tentación de aguar las llamadas del Evangelio, de reducir las exigencias de nuestra pertenencia a Cristo, de debilitar nuestra comunión y nuestro ser Iglesia, Cuerpo de Cristo viviente. Consideramos que para hacer frente a este riesgo, es necesario apuntar a una formación sólida, fundada sobre la fe, como la casa sobre la roca, sobre una vida espiritual profunda y bien cuidada, y sobre una preparación intelectual, teológica y pastoral, de buena calidad, como ya lo recordábamos en la conclusión de nuestro 7° Capítulo General. Subrayamos, también en esta ocasión, la necesidad de retornar al contenido de la profesión religiosa, revisando y profundizando nuestra Regla de Vida, viviendo en cada opción el discernimiento en el Espíritu para expresar con renovado “celo” la cura pastoral en la “tripe obra” releída en el hoy de la historia.

“¡Dejarse conquistar plenamente por Cristo!” fue el objetivo de toda la vida de San Pablo y la meta de todo el ministerio del Santo Cura de Ars, y lo ha recomendado recientemente el Papa con ocasión de la apertura del Año Sacerdotal. Benedicto XVI ha augurado que éste sea también el objetivo principal de cada uno de nosotros. Para estar al servicio del Evangelio, lo consideramos válido también para nosotras Pastorcitas, por eso hagamos nuestro cuanto el Pontífice ha recordado a los sacerdotes: *“... Es ciertamente útil el estudio con una cuidadosa y permanente formación pastoral, pero es aún más necesaria la ‘ciencia del amor’ que se aprende solamente en el ‘corazón a corazón’ con Cristo”*.

Con esta actitud estamos llamadas a preparar el futuro de la Congregación y apuntar decididamente sobre la cualidad de las nuevas generaciones de Pastorcitas, mujeres consagradas que testimonian la fuerza del Evangelio en la sencillez y en la alegría de la vida vivida en comunidad y en compañía de la humanidad de nuestro tiempo, a través de una “cura” que exprese la de Jesús Buen Pastor. Por eso, queriendo ser “Pastorcitas según el corazón de Dios” nos ponemos constantemente los mismos interrogantes que el Santo Padre dirige a los sacerdotes: *“¿Estamos realmente impregnados por la Palabra de Dios? ¿Es ella en verdad el alimento del que vivimos, más que lo que pueda ser el pan y las cosas de este mundo? ¿La conocemos verdaderamente? ¿La amamos? ¿Nos ocupamos interiormente de esta Palabra hasta el punto de que realmente deja una impronta en nuestra vida y forma nuestro pensamiento?”*². Es necesario poner todo de nuestra parte para testimoniar que no podemos vivir la misma pasión pastoral de Cristo sin interiorizar la Palabra de Dios y encarnarla en la lucha cotidiana contra el individualismo, el secularismo, el relativismo, y sin hacer el esfuerzo, al mismo tiempo, de traducirla en un lenguaje que sea comprensible a nuestros contemporáneos.

¹ Cf. AAP 1959, 96.

² Benedicto XVI, Homilía en la Misa Crismal, 09.04.2009 y Carta para la convocación de un Año Sacerdotal con ocasión del 150 aniversario del “Dies Natalis” de Juan María Vianney, 16.06.2009.

El cuadro de la realidad del mundo de hoy, que ha sido delineado en estos días, se podría resumir así: las nuevas generaciones no tienen raíces, no tienen padre ni madre no sólo en la familia, tampoco en la Iglesia y en el camino de la vida. Hay una demanda, tal vez inexpresada, de una renovada paternidad y maternidad, aún espiritual, que interpela nuestra vocación pastoral: el “ser madres y hermanas” según la enseñanza del Fundador, disponibles a acompañar las nuevas generaciones hasta la madurez vocacional.

En nuestra síntesis hemos formulado una opción prioritaria para el camino de los próximos dos años 2009-2011: **“Dejémonos reconquistar por Cristo Pastor y narremos con alegría a las jóvenes generaciones su Amor salvífico”**, un explícito estímulo a prepararnos adecuadamente para desarrollar un ministerio de cura cada vez más urgente y esencial. Esta atención tiene como consecuencia el empeño en hacer aún más sólida nuestra vida espiritual, a apuntar sobre la capacidad de **“acompañar la vida”** y cualificarnos en este ministerio, ante todo haciendo de la **escucha** de Dios y de los otros una prioridad, y el discernimiento un estilo de vida. La humildad de dejarnos acompañar nos permite adquirir experiencia y conocimiento en este campo, para ser personas que conocen el corazón humano en sus pliegues más difíciles y profundos. En el apostolado podríamos dar prioridad a las familias jóvenes y a las nuevas generaciones, consolidando la vocación cristiana, solicitando a los párrocos y a los agentes pastorales insertar en los proyectos pastorales algunas opciones relevantes, como: el acompañamiento espiritual, el coloquio interpersonal, retiros y ejercicios espirituales, la instrucción y la formación cristiana para nutrir la mentalidad de fe, la escucha asidua de la Palabra de Dios, la sensibilización al sacramento de la Reconciliación, en una visión íntegra de la persona humana y del anuncio evangélico.

Consideramos útil cuidar la “comunicación” para que sea generadora de comunión, en sus dimensiones: en la relación interpersonal, ya sea en nuestras comunidades como en el apostolado, y en la mediática, valorizando la pertenencia a la Familia Paulina.

Nuestro deber, también en relación con los laicos, podría ser cuidar siempre de su vocación cristiana en la Iglesia, como ya se está haciendo. El seminario que nos estamos preparando a celebrar, podría ser un momento favorable para profundizar y relanzar esta prioridad.

La experiencia vivida en estos días nos ha hecho comprender, con mayor incisividad, que el sentido de pertenencia y la comunión en la Congregación requieren opciones de vida personales, comunitarias y circunscriptivas que contrasten el individualismo personal y de grupo, y favorezcan la corresponsabilidad y la solidaridad. En particular, es tarea de las superiores de Circunscriptión el garantizar que a la base de todas las programaciones de Circunscriptión estén siempre las orientaciones comunes a toda la Congregación, de las cuales surjan los caminos específicos.

Retomemos ahora nuestro camino congregacional con gozosa gratitud y con renovada confianza, sosteniéndonos mutuamente en el servicio a nuestras Hermanas y a la Iglesia, teniendo como compañeros de viaje a María Madre del Buen Pastor y a los Santos Apóstoles Pedro y Pablo. Con su protección, donemos a todas el amor y el cuidado del Padre que hemos experimentado en estos días, testimoniemos la gracia del Señor Nuestro Jesucristo y la potencia de su resurrección, permanezcamos a la escucha atenta del Espíritu. En nombre de la Trinidad Santa, declaro cerrado nuestro 6° Intercapítulo, y recordemos nuevamente todas las Pastorcitas en el momento de oración que nos aprestamos a vivir.

Hna. Marta Finotelli
Superiora General

San Miguel, 28 de junio de 2009
13° Domingo del Tiempo Ordinario